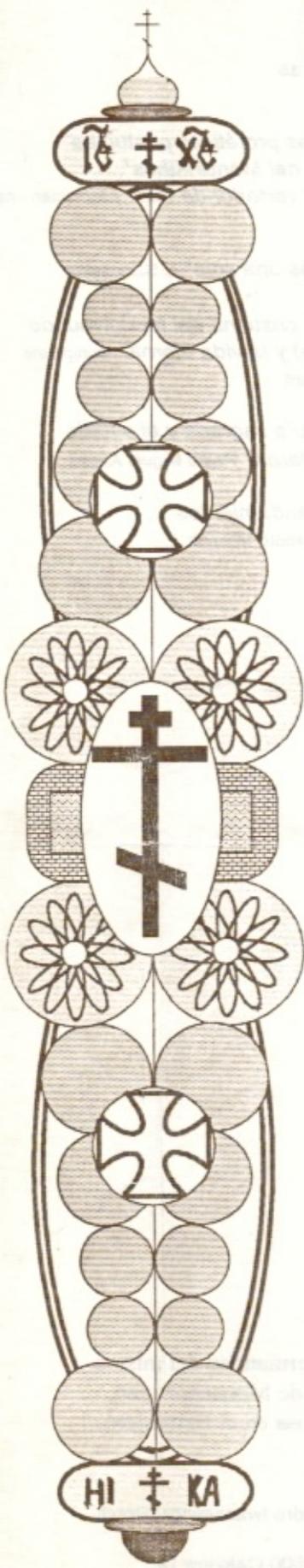


"SAN SERGIO"

AÑO 7 Nº 16

1994



RESURRECCIÓN DE NUESTRO

SEÑOR DIOS Y SALVADOR JESUCRISTO

Catedral de la Santísima Trinidad

Obras publicadas

La Hermandad Ortodoxa "San Sergio" tiene editadas las siguientes obras:

"La Veneración Ortodoxa de la Madre de Dios"

Arzobispo Juan Maximovitch (3ª edición)

"Ecumenismo" Metropolitano

Vitaly.

"De la Sucesión y de la Infallibilidad del Papa"

Monseñor Josef Schtrosmayer (1870) católico romano (2ª edición)

"La conciencia, voz Divina en el hombre"

Archipreste Alejandro Mileant.

"Sobre el santo misterio de la Bendición de Óleos o la Unción"

Metropolitano Vitaly

"Predicciones proféticas póstumas de San Nilo del Monte Athos"

(llamado "el vertedor de miro") Archimandrita Alejandro.

"La Iglesia es una sola" A. S.Jomiakov.

"La doctrina cristiana del fin del mundo (escatología) y la vida eterna"

Archipreste Alejandro Mileant.

"La monarquía sagrada y el estado secular moderno"

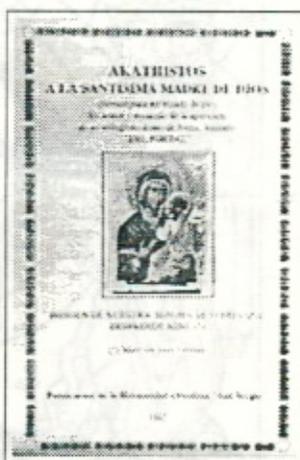
Padre Miguel Azkoul.

"Los Diez Mandamientos".

Archipreste Alejandro Mileant.

Akathistos (Himno para ser rezado de pie) a la Madre de Dios ante su Ícono de Nuestra Señora de Iveria (Del Portal)

3ª edición



Próximos a publicar

Catecismo para niños.

Devocionario (Libro de oraciones)

La revista "HERMANDAD ORTODOXA SAN SERGIO" es una publicación de la Hermandad del mismo nombre, fundada por miembros de la Catedral de la Santísima Trinidad, dependiente de Monseñor Juan, obispo para la Argentina y Paraguay, del Sínodo de Obispos de la Iglesia Ortodoxa Rusa en el Extranjero, presidido por S. E. R. Metropolitano Vitaly.

Las contribuciones o donaciones: dentro del territorio argentino enviarlas a nombre de Alejandro Iwaszewicz (Brasil 315, C. P. 1154, Buenos Aires - Argentina).

En el exterior rogamos enviar cheques exclusivamente a nombre de Alejandro Iwaszewicz (2600 Oakview Dr., Rochester, New York 14617, U. S. A.). Encarecemos NO girar ni enviar por correo a la Argentina valores del exterior.

Copyright 211293315. Propiedad intelectual. Prohibida la reproducción total o parcial sin indicar esta fuente.



MENSAJE DE PASCUA
del Presidente del Sínodo de Obispos de la
Iglesia Ortodoxa Rusa en el Extranjero

¡Cristo Resucitó!

Queridos en el Señor hermanos y hermanas:

La Pascua es imposible de describir, no se la puede explicar. No es simplemente una fiesta más, porque la Iglesia la evoca como la fiesta de las fiestas. Los Santos Padres la llaman Santo Misterio y con coraje se la puede proclamar como el misterio de los misterios. En verdad, decir algo inteligente sobre las Pascuas es imposible, porque es imposible abarcar con la mente toda su grandeza. Observar a Ella con la inteligencia, sería semejante a querer mirar al sol con los ojos bien abiertos. La Pascua se debe esperar impacientemente, con temor de Dios y estremecimiento. Para recibirla debemos prepararnos con todo nuestro ser, con el alma y el cuerpo. Limpiar el alma de todo pecado, pasión y vicio, para que nuestra alma entre en la Pascua y la Pascua entre en nuestra alma.

Ningún tipo de decoro por más pobre o rico que fuere rebajará o enriquecerá este Gran Día. Desde tiempos antiguos, los rusos antes de Pascuas emblanquecen sus casas, limpian, lavan y refregan todo en sus hogares. Como un rito descuelgan los íconos en las habitaciones limpiándolos del hollín, y renuevan así el esplendor del cobre, plata u oro que los recubre, simbolizando de esta forma la limpieza de sus almas. Todos se preparan para recibir en sus casas al Cristo Resucitado. Aquí Marta y María juntas se alegran, llenas de amor al Señor, cada cual de acuerdo con su talento conforta a Cristo: una con el corazón limpio y en amor; la otra, expresando su amor a través de la hospitalidad de la mesa pascual.

Deseo a ustedes, amados hermanos y hermanas, prepararse para recibir al Cristo Resucitado en sus almas, en sus hogares como iglesias domésticas. ¡Que el Señor limpie todas nuestras lágrimas, que quite en estos santos días de nuestros corazones toda ofensa, pena y tristeza! ¡Que los llene de toda alegría, de la cual todos en torno respirarán luz y regocijo, y ustedes, únense al mismísimo sol, que juega y se alborozaba en el cielo!. Amén.

† Metropolitano Vitaly
Pascua de Nuestro Señor 1994



Homilía de San Juan Crisóstomo



Aquel que es devoto y amante de Dios, que disfrute de esta magnífica y brillante fiesta. Aquel que es un siervo agradecido, que entre alegremente en el gozo del Señor. Aquel que está cansado en ayuno que reciba ahora el denario de recompensa. Si alguien ha trabajado desde la primera hora, que

reciba su gratificación correspondiente. Si alguien ha llegado después de la tercera hora, que participe en la fiesta agradecido. Aquel que llega después de la sexta hora, que no dude; él nada pierde. Si alguien ha demorado hasta la novena hora, que se aproxime, sin vacilación. Aquel que llega en la undécima hora, que no tema a causa de su demora, porque el Señor es de gracia y de generosidad. Él recibe tanto a los últimos como a los primeros. Él concede descanso al que viene en la undécima hora, igual como a aquel que ha trabajado desde la primera hora. Él tiene misericordia del último, y satisface al primero. A aquel dá, y a éste regala. Él recibe las obras y acepta la intención. Honra los hechos, y alaba el empeño. Por lo tanto, entrad vosotros todos al gozo de vuestro Señor. Los primeros y los últimos, tomad vuestra recompensa. Ricos y pobres, regocijaos y alegraos juntos. Porque la mesa está llena, deleitaos de ella todos. El ternero está echado entero; que nadie se retire con hambre. Regocijaos todos del



banquete de la fe. Disfrutad de todas las riquezas de la bondad. Que nadie se queje de su pobreza, porque el reino universal se ha manifestado. Que nadie se lamente a causa de los pecados, porque el perdón ha surgido resplandeciente del Sepulcro. Que nadie tema la muerte, porque la muerte del Salvador nos ha librado. Porque destruyó la muerte cuando ésta se apoderó de Él. Aquel que descendió al infierno aniquiló al infierno; y le hizo experimentar amargura cuando éste tomó su Cuerpo. Esto predijo Isaías cuando exclamó

diciendo: "El infierno fue amargado, cuando te encontró abajo. Ha sido amargado, funestamente, porque ha sido destruído. Ha sido amargado porque ha sido encadenado. Recibió un Cuerpo, y he aquí que era Dios. Tomó tierra, y encontró cielo. Tomó lo visible, y fue vencido invisiblemente. ¡Oh! muerte ¿dónde está tu poder? ¡Oh! infierno ¿dónde está tu victoria? Cristo resucitó, y fuiste aniquilado. Cristo resucitó, y fueron arrojados los demonios, Cristo resucitó y los ángeles se regocijaron. Cristo resucitó y reinó la Vida. Cristo resucitó, y los sepulcros se vaciaron de los muertos. Porque Cristo habiendo resucitado de entre los muertos, fue el Primogénito de entre los muertos, a Él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Extracto de

Mi vida en Cristo*San Juan de Kronstadt (1829-1909)*

Si adviertes en tu prójimo defectos y pasiones, ora por él. Ora por todo el mundo, incluso por tus enemigos. Si ves que tu hermano es altivo y obstinado, que se porta contigo y con los demás con orgullo, reza por él, para que Dios ilumine su inteligencia y reanime su corazón con el fuego de su gracia, y di: "Señor, enseña la mansedumbre y la humildad a tu servidor que ha caído en el orgullo de satán; aparta de su corazón las tinieblas y el fardo de esa mala altivez".

Si ves un hermano irascible, ora así: "¡Señor, por tu gracia, haz que tu servidor se vuelva bueno!". Si es un alma mercenaria y codiciosa, di: "Señor, Tú que eres el Tesoro incorruptible y la inagotable Riqueza, haz que tu servidor, creado a tu imagen, reconozca el carácter falaz de las riquezas y que ellas son, como todas las cosas terrestres, vanas, inconsistentes y engañosas. Porque los días del hombre son como la hierba, como una telaraña; Tú sólo eres nuestra riqueza, nuestra paz y nuestro gozo".

Si ves un hombre envidioso, ora así: "Señor, ilumina el espíritu y el corazón de tu servidor para que pueda reconocer los dones innumerables e insondables que recibió de tu inagotable generosidad. En la ceguera de su pasión, te ha olvidado, a Ti y a tus dones preciosos y, aunque rico de tus beneficios, se cree pobre y mira con envidia los bienes que has distribuido en cada uno de tus servidores, ¡oh! nuestro inefable Benefactor,

a veces a pesar de ellos, pero siempre según tu designio. Quita, Maestro lleno de misericordia, el velo con que el demonio ha cubierto los ojos de su corazón, concédele contrición del corazón, lágrimas de arrepentimiento y de gratitud, para que el enemigo que lo tomó vivo en sus redes, no pueda tener la alegría de arrancarlo de tus manos".

Si ves un hombre ebrio, di en tu corazón: "Señor, arroja una mirada de bondad sobre tu servidor, seducido por la concupiscencia del vientre y de los placeres carnales, hazle comprender la dulzura de la temperancia y del ayuno, la dulzura del fruto espiritual que

procede de ellos". Si ves un hombre apasionadamente atrapado por la buena mesa y que encuentra en ella toda su felicidad, di: "Señor, Tú eres nuestro Alimento, el que no perece sino que nos conduce a la vida eterna. Purifica a tu servidor de la inmundicia de la gula, tan carnal y tan alejada de tu Espíritu, concédele conocer la dulzura de tu alimento espiritual y vivificante, es decir, tu Cuerpo y tu Sangre, y tu Palabra santa, viva y operante".

De esta manera o de otras, ora por todos los pecadores, no te permitas menospreciar a quienquiera sea a causa de su pecado, o querer corregirlo duramente; eso no haría sino agravar sus heridas, sino, más bien, corrígelo a través de consejos, advertencias o castigos apropiados para cortar el mal o contenerlo en los límites de la moderación.

*Cristo Resucitó - En Verdad Resucitó*

La espiritualidad pascual

Si penetramos en el corazón mismo de la espiritualidad ortodoxa encontraremos antes que nada la sensación viva de la incorrupción triunfante de la vida eterna, de la victoria sobre la muerte y sobre el infierno. Es el sentido mismo del mensaje evangélico llevado por la alegría pascual. "Si Cristo no resucitó, nuestra predicación, nuestra fe, todo sería vano". Esta insistencia apostólica es fundamental. Hoy en día, la línea divisoria entre los hombres no pasa por creer o no en la existencia de Dios, sino que divide entre los que creen en los acontecimientos reales e históricos de la Resurrección de Cristo y los que no ven en ello más que un mito. La Resurrección no es el prodigio de un cadáver reanimado - como el de Lázaro - sino la victoria definitiva del Espíritu en el sentido de la "nueva criatura" divinizada e inaugurada por Cristo. El misterio y el silencio que lo rodearon, el pesar de sus discípulos y de María Magdalena que no lo reconoció inmediatamente, muestran una dimensión divina del acontecimiento que es un llamado a la fe, más allá de toda constatación empírica y de toda verificación del género de la del Apóstol Tomás. Se trata de una señal en el sentido de San Juan el Teólogo, donde el hombre es libre de reconocer o de rechazar el significado.

La celebración nos convierte en contemporáneos de la Resurrección; ésta, acontecida hace dos

mil años, tiene presencia continua hoy y nuestra resurrección está implícita en ella. Al pronunciar el saludo pascual "Cristo resucitó", sabemos que somos vivientes y no muertos ni moribundos. Esta alegría pascual impregna todas las formas de la vida eclesial, ya que la victoria sobre la muerte concierne al destino de todo hombre y del universo entero. Es la alegría divina de Cristo "saliendo del sepulcro como de una cámara nupcial". La fe aumenta nuestras facultades receptoras y revela a la Resurrección como un hecho absoluto, objetivo, histórico, que revela según las Escrituras la corporización glorificada de Cristo. Así se cambia la prisión del espacio y del tiempo en fiesta eterna de reencuentro, en Amor que se da y se transforma. San Isaac el Sirio - gran asceta - hizo una fenomenología del pecado. Todos los pecados son nimios para Dios, pues le dio al hombre la posibilidad de arrepentirse. El único pecado, *el pecado*, es "ser insensible al Resucitado".

Todo verdadero creyente es conciente de su resurrección ya cumplida en El Resucitado.

Es por ello que San Serafín de Sarov decía a todos a manera de saludo las palabras vivificantes "Mi alegría, Cristo Resucitó".

P. Evdokimov.

* * *

Íconos de la Santísima Madre de Dios **"El Verbo hecho carne"**

conmemorado el 9 de marzo

Este ícono, que representa a Dios eterno como bebé nonato dentro del vientre siempre virgen de la Santísima Madre de Dios es uno de los emparentados con el famoso ícono "Del Signo" y es venerado por la gracia y ayuda que brinda a las mujeres grávidas. Tenemos el ejemplo de una joven mujer que - por su falta de cuidados - estuvo en peligro de tener un parto prematuro. Entró en agonía y se creía que no iba a sobrevivir, su esposo pidió que se ofrecieran oraciones de intercesión ante el ícono "El Verbo hecho carne" y la mujer dio a luz felizmente.

La historia registrada del ícono se remonta al

siglo XVII. En 1868, al ser asignado el obispo Benjamín a la diócesis extremo-oriental de Kamchatka, llevó consigo el ícono, desde Albazín hasta la ciudad de Blagoveshchensk, sobre el río Amur. Uno de sus sucesores estableció el 9 de marzo como día de conmemoración del ícono; dispuso asimismo la lectura semanal del akathistos ante el ícono que era reverenciado en toda la región del Amur.

La figura entera y desnuda de Cristo niño es una característica inusual y distintiva.

Traducido del inglés al español por la Hermandad "San Sergio"

San Juan Crisóstomo

HOMILÍA 82

Mientras ellos comían, habiendo tomado Jesús el pan y dado gracias, lo partió y dio a sus discípulos y dijo: Tomad, comed; éste es mi cuerpo. Y habiendo tomado el cáliz y dado gracias, se lo dio, diciendo: Bebed de él todos, porque ésta es mi sangre del nuevo Testamento, que por vosotros es derramada para remisión de los pecados (S. Mateo. 26, 26ss).

JUDAS COMULGA

1. ¡Oh gran ceguera del traidor! No obstante participar de la Eucaristía¹, permanece el mismo y, gozando de la mesa más tremenda, no se transforma. Así lo declara San Juan (S. Juan 13: 27), diciendo que, después de eso, *entró en él satanás*; y no lo dice para despreciar el cuerpo del Señor, sino para estigmatizar la desvergüenza del que era ya traidor. A la verdad, su pecado fue doblemente grande: por haberse acercado con tal disposición a la Eucaristía y porque, después de acercarse, no se hizo mejor, sin que le conmoviera ni el miedo, ni el beneficio, ni el honor. Y Cristo, a pesar de que todo lo sabía, no se lo impidió, para que nos demos cuenta que Él no omite nada de cuanto pudiera corregirlo. De ahí que, antes de este momento y después del mismo, constantemente recordó a Judas su crimen y trató de contenerle, lo mismo por palabras que por obras, por temor, por amenazas, por honor, por cuidado. Pero nada apartó al infortunado de aquella su terrible enfermedad. De ahí que, dejándole ya a él, nuevamente recuerda su muerte a sus discípulos por medio de la Eucaristía, y en medio de la mesa les habla de la cruz, a fin de que, por la frecuencia de sus predicciones, se les hiciera la pasión más aceptable. Porque si, después que tanto hizo y tanto les dijo, todavía se turbaron,

¿qué hubiera sido de no haber oído antes nada? *Y mientras ellos comían, tomando pan, lo repartió.*

CONSIDERACIONES SOBRE LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

- ¿Por qué razón celebró el Señor este misterio en el tiempo de la pascua? - Para que por todos los medios advirtamos que Él es también legislador de la antigua alianza y que las realidades de la nueva están de antemano esbozadas en ella. De ahí que donde se da la figura, el Señor añade la verdad. En cuanto a la tarde, era como símbolo de la plenitud de los tiempos y prueba de que las cosas estaban ya tocando a su fin. Da gracias, para enseñarnos que así hemos nosotros de celebrar este misterio, a la vez se ha de entender que no va forzado a su pasión. Nos da, en fin, la lección de que cuanto suframos, lo sepamos llevar con acción de gracias. Y por las mismas circunstancias de la institución, nos da las mejores esperanzas. Porque si la figura fue, la liberación de tamaña esclavitud, con mucha más razón liberará la verdad a la tierra entera, y se nos dará para beneficio de nuestra naturaleza. De ahí, no haber instituido antes este misterio, sino en el momento en que habían de cesar ya las prescripciones legales. Y así hace caducar la más importante de las fiestas

1. Liturgia "de los misterios": La Eucaristía es el misterio cristiano por excelencia. Así traducimos en toda la homilía.

judaicas trasladándola a otra mesa mucho más santa, y dice: *Tomad, comed; éste es mi cuerpo, que por vosotros se rompe (I Cor. 11: 24)*. ¿Y cómo no se turbaron al oír esto? - Porque ya antes les había hablado muchas y grandes cosas sobre ese misterio. De ahí que ahora no se detiene en demostrárselo, pues bastante habían oído ya sobre ello. Y les dice la causa de su pasión, que es la remisión de los pecados. Y llama a su sangre "sangre del Nuevo Testamento", es decir, de la promesa, del

anuncio, de la ley nueva. Porque esto había Él prometido de antiguo y esto es lo que sostiene la alianza de la nueva ley. Y como en la antigua se ofrecían en sacrificio ovejas y novillos, así se ofrece

en la nueva la sangre del Señor. Y por ahí mismo da a entender a los suyos que está próximo a la muerte. De ahí que hable de su testamento y recuerde el antiguo, pues también el antiguo se inauguró por medio de sangre. Y nuevamente les dice la causa de su muerte, que es la remisión de los pecados: *Mi sangre, que por muchos es derramada para remisión de los pecados*. Y añade: *Haced esto en memoria mía*. Mirad cómo los va apartando de las costumbres judaicas. Como si les dijera: A la manera que celebrabais la pascua en memoria de las maravillas de Egipto, así celebrad la Eucaristía en memoria mía. La sangre del cordero fue derramada para salvación de los primogénitos; la mía se derrama para remisión de los pecados de toda la tierra. Porque: *Ésta es - dice - mi sangre, que se derrama para remisión de los pecados*. Al hablar así, da a entender que su pasión y su cruz son un misterio, a la par que con ello consuela también a sus discípulos; y como dijo Moisés: *Esto será para vosotros memorial eterno (Ex. 3: 15)*, así dice ahora



el Señor: *Haced esto en memoria mía, hasta que yo venga (S. Lucas 22:19; cf. I Cor. 11: 27)*. De ahí que dijera también: *Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros (S. Lucas 22: 15)*. Es decir, entregarnos las nuevas realidades y daros una pascua por la que os he de hacer espirituales. Y Él mismo bebió de su sangre. Por que al oír eso no dijeran: ¿Cómo? ¿Conque vamos a beber sangre y comer carne?, y con ello se turbaron, como se turbaron cuando por vez primera les

habló de este misterio, y muchos se escandalizaron de solas sus palabras; así, pues, por que no se turbaran también entonces, Él fue el primero en darles ejemplo, induciéndolos a que tranquilamente

participaran de la Eucaristía. Por esto, pues, Él mismo bebió su propia sangre. - ¿Pues qué? - me dirás - ¿Habrà que hacer esto y también lo antiguo? - ¡De ninguna manera! Porque si el Señor dijo: *Haced "esto"*, fue para eliminar lo "otro". Porque si esto opera la remisión de los pecados, como realmente la opera, lo otro está ya de más. Ahora bien, lo mismo que entre los judíos, también entre nosotros ligó el Señor el recuerdo de su beneficio a la celebración de un misterio, y aun por ese mismo hecho cierra la boca a los herejes. Y así cuando dicen: ¿Cómo se demuestra que Cristo fue inmolado?, entre otras razones, la sola Eucaristía nos basta para reducirlos al silencio. Porque si Jesús no ha padecido, ¿de qué es símbolo nuestro sacrificio del altar?

CUÁN GRANDE EMPEÑO TIENE EL SEÑOR EN QUE RECORDEMOS SU PASIÓN

2. Mirad cuán grande empeño puso el

Señor en recordarnos constantemente que murió por nosotros. Y es que como habían de venir Marción, Valentín y Manes, que negarian esta economía redentora, Él recuerda continuamente su pasión aun por medio de la Eucaristía, a fin de que nadie pueda ser engañado. Con lo que esta sagrada mesa es juntamente para nosotros medio de salvación y de enseñanza. A la verdad, suma de todos los bienes es la pasión del Señor. De ahí que el Apóstol Pablo trate de ella a cada momento.

Seguidamente, ya que hubo instituido la Eucaristía, les dice: *No beberé del fruto de esta vid hasta que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.* Como quiera que les había hablado de su muerte y de la cruz, nuevamente también intercala unas palabras sobre la resurrección, recordando el reino de los cielos, llamando así a su propia resurrección. ¿Y por qué razón bebió después de resucitado? Porque no pensarán los más rudos que su resurrección había sido una fantasía. El vulgo, en efecto, en esto ponía la prueba de la resurrección. De ahí que los apóstoles, para persuadir a las gentes de la resurrección de Cristo, a ese hecho apelaban, diciendo: *Nosotros, que comimos y bebimos con Él (Hechos 10: 41).* Para declararles, pues, que habían de verle gloriosamente resucitado y otra vez volvería a estar con ellos, y que ellos habían de atestiguar los hechos, porque los verían e intervendrían en ellos, les dice: *Hasta que lo beba nuevo con vosotros; con vosotros, que seréis testigos de ello.* Porque vosotros me habéis de ver resucitado. - Y ¿qué quiere decir *nuevo*? - Aquí vale tanto como "de manera nueva", es decir, maravillosa; no con cuerpo pasible, sino inmortal ya e incorruptible y exento de toda necesidad de alimento. Luego, si es cierto que comió y bebió después de su resurrección, no lo hizo porque tuviera necesidad, pues su cuerpo de nada

de eso necesitaba ya, sino para confirmar plenamente su resurrección. Y ¿por qué, después de resucitado, bebió vino y no agua? - Porque quería arrancar de raíz otra herejía. Y es que como hay algunos que usan de agua en la celebración de la Eucaristía², para hacerles ver que cuando Él instituyó la Eucaristía la instituyó con vino, y que vino usó cuando, después de resucitado, se hizo poner mesa ordinaria sin relación con la Eucaristía, dice: *No beberé del fruto de la vid...* Y la vid, vino produce, no agua.

CAMINO DEL HUERTO DE LOS OLIVOS

Y habiendo dicho el himno, salieron hacia el monte de los Olivos. Óiganlo cuantos, comiendo como cerdos, pegan sin más un puntapié a la mesa y se levantan borrachos, cuando debieran dar gracias a Dios y terminar con un himno en su alabanza. Óiganlo también cuantos, en la celebración de la Eucaristía, tampoco esperan a la última oración, recuerdo que es de la que dijo el Señor. El Señor dio gracias antes de dar la Eucaristía a sus discípulos, a fin de que también demos gracias nosotros. Dio gracias y entonó un himno en alabanza de su Padre, para que lo mismo hagamos también nosotros. Y ¿por qué se dirige al monte? Para mostrarse patente y ser detenido, para no dar la impresión de que buscaba esconderse. Así, dióse prisa por ir al lugar, que era bien conocido de Judas. Entonces dijo a sus discípulos: *Todos vosotros os escandalizaréis en mí.* Y seguidamente cita también una profecía: *Porque está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas (Zach. 13: 7).* Con lo que los invitaba a prestar constantemente atención a las Escrituras, y les hacía ver juntamente que por designio de Dios iba a ser crucificado. Por otra parte, el Señor no desaprovecha ocasión de mostrar que no

2. Así los ebionitas, encratitas y maniqueos (Baur).

es ajeno a la antigua alianza ni al Dios que en ella se anuncia y que cuanto iba a pasar entraba todo en el plan divino. Todo había sido de antemano anunciado por los profetas; de modo que, si lo doloroso se cumplía, bien podían tener firme confianza que se cumpliría también lo glorioso. Enseñanos aquí juntamente el Señor a comprender qué tales eran los discípulos antes de la cruz y cuáles fueron después de la cruz. Porque es así que quienes al ser el Señor crucificado no fueron capaces de mantenerse en pie, después de su muerte fueron todo vehemencia y más duros que el diamante. Y la misma fuga y cobardía de sus discípulos es otra prueba de su muerte. Porque si, después que tantas cosas sucedieron y tantas se dijeron, aun hay quienes descaradamente afirman que el Señor no fue crucificado, de no haber sucedido nada de todo eso, ¿a qué iniquidad no hubieran ido a parar? De ahí que, no sólo por sus propios sufrimientos, sino también por las flaquezas de sus discípulos y hasta por la misma Eucaristía, confirma las verdades de su muerte, confundiendo por todos los medios a los infestados del error de Marción. De ahí también que permita que el Príncipe de los Apóstoles le niegue. Mas si no fue maniatado ni luego crucificado, ¿de dónde tamaño espanto en el Apóstol Pedro y en los demás? Sin embargo, no dejó el Señor que se detuvieran en lo triste, sino que les dice: *Mas después que yo resucitare, os precederé camino de Galilea.* Porque no aparece el Señor inmediatamente del cielo, ni se va a una región lejana, sino que se presenta en el mismo pueblo y casi en los mismos lugares en que fue crucificado. Lo cual había de darles seguridad y certeza de ser el mismo el que había sido crucificado y el que estaba resucitado; y ello había también de consolarlos más en su tristeza. Por eso les dijo: *En Galilea;* para que, libres del miedo de los judíos, prestaran fe a lo que les había dicho. De ahí que en Galilea se

les apareciera. *Mas, tomando la palabra, Pedro dijo: Aun cuando todos se escandalizaren en ti, yo no me escandalizaré jamás.*

JESÚS PREDICE LA CAÍDA DEL APÓSTOL PEDRO

3. ¿Qué dices, ¡oh! Apóstol Pedro? El profeta había dicho que se dispersarían las ovejas, Cristo confirmó el dicho del profeta, y ¿tú dices que no? ¿No te basta lo pasado, cuando dijiste: *Dios te sea propicio, Señor (S. Mat. 16:22)*, y se te hizo callar? He ahí, pues, por qué Cristo permite que caiga. Es que quería enseñarle a creerle en todo a Él y a tener por más digna de fe su palabra que la propia conciencia. Y no fue tampoco pequeño el fruto que los otros discípulos sacaron de la caída del Apóstol Pedro, como quiera que ahí vieron la flaqueza humana y la verdad de Dios. Y es así que, cuando Dios predice una cosa, no hay ya por qué cavilar ni levantarse por encima de los demás. *Porque tu orgullo dice el Apóstol Pablo - lo has de tener en ti mismo y no en otro (Gál. 6: 4).* Así, cuando el Apóstol Pedro debiera haber suplicado al Señor y haberle dicho: "Señor, ayúdame para que no me aparte de ti", él confía en sí mismo y dice: *Aun cuando todos se escandalizaren, yo no me escandalizaré jamás.* Aun cuando a todos - dice - les pasare eso, a mí no me pasará. Eso lindaba ya con la arrogancia. Queriendo, pues, Cristo reprimirla, permitió la negación. Ya que el Apóstol Pedro no le hacía caso a Él ni al profeta, a quien Él había alegado para cerrar el paso a toda contradicción; ya que no hacía caso, digo, a palabras, hubo que enseñarle por obras. Y que ése sea, efectivamente, el motivo por que Cristo permitió la negación de su apóstol, es decir, para darle una lección de humildad, pruébalo lo que Él mismo dice: *Yo he rogado por ti, a fin de que no desfallezca tu fe (S. Luc. 22: 32).* Porque esto lo dijo el Señor

para conmoverle a él particularmente y darle a entender que su caída era más grave que la de los demás y que necesitaba mayor auxilio. Dos faltas, en efecto, cometía entonces el Apóstol Pedro: contradecir al Señor y preferirse a los demás. Y aun podemos añadir una tercera: que todo se lo atribuía a sí mismo. Para curarle, pues, de todo eso, el Señor permitió la caída, y por eso también, dejando de momento a los otros, se dirige al Apóstol Pedro particularmente: *Simón - dice -, Simón, mira que satanás os ha pedido para cribaros como al trigo, es decir, para turbaros, para agitaros y tentaros; pero yo he rogado por ti, a fin de que no desfallezca tu fe. Mas si satanás los reclamó a todos, ¿por qué no dice el Señor que rogó por todos? La razón, evidentemente, es la que antes he dicho, a saber, que quería mover señaladamente al Apóstol Pedro, y para mostrarle que su caída era más grave que la de los demás, a él particularmente dirige su palabra. Y ¿por qué no dijo: "Pero yo no le dejé", sino: *Pero yo he rogado por ti?* Ahora que el Señor se acerca a su pasión, habla con particular humildad, pues quiere mostrarnos su parte humana. A la verdad, quien había fundado su Iglesia sobre la confesión del Apóstol Pedro y tan fuertemente la había amurallado que mil peligros y muertes no habían de vencerla; el que al mismo Apóstol Pedro le había entregado las llaves y tan alta autoridad le había ofrecido; quien para nada de eso había necesitado de oración alguna - pues no dijo entonces: "Yo he rogado", sino con absoluta autoridad: *Yo edificaré mi Iglesia y te daré las llaves del reino de los cielos (S. Mat. 16: 18) -*, ¿cómo había de tener necesidad de oración para afianzar el alma turbada de un solo hombre? ¿Por qué, pues, habló de esa manera? Por la causa que he dicho, a la que puede añadirse la flaqueza misma de sus discípulos, pues todavía no tenían de Él la idea conveniente. - Entonces,*

¿cómo es que le negó? - Porque el Señor no dijo haber rogado para que no le negara, sino para que no desfalleciera su fe, es decir, que no pereciera totalmente. Lo cual era obra de su amor para con su discípulo. Todo, a la verdad, lo echó fuera el temor, pues fue un temor desmedido. Y fue temor desmedido, porque Dios dejó al Apóstol Pedro por extremo desnudo de su protección; y le dejó por extremo desnudo, porque por extremo se dejó él llevar por su pasión de arrogancia y contradicción. Con el fin, pues, de arrancársela de raíz, el Señor permitió que hasta punto tal fuera presa de la angustia. Y porque tan grave era en el Apóstol Pedro aquella pasión, no se contentó con lo ya dicho, es decir, con contradecir a Cristo y al profeta, sino que pasó más adelante. Así, habiéndole Cristo dicho: *En verdad te digo que esta misma noche, antes de que el gallo cante, me habrás negado tres veces*, Pedro le replica: *Aun cuando fuere menester morir contigo, yo no te negaré*. El Evangelista Lucas, por su parte, da a entender que cuanto más le disuadía Cristo, con más pertinencia le contradecía el Apóstol Pedro. ¿Qué es eso, Pedro? Cuando el Señor dijo: *Uno de vosotros me ha de entregar*, temías no fueras tú el traidor, y obligaste a tu condiscípulo a que le preguntara, a pesar de que tu conciencia no te remordía de nada semejante. Y ahora, cuando expresamente grita y dice que todos os habéis de escandalizar, ¿tú le contradices, no una, no dos, sino muchas veces? Porque esto es lo que el Evangelista Lucas nos cuenta. ¿De dónde, pues, le vino a Pedro esta porfía? De su mucho amor y de su mucho placer. Porque, como se vio ya libre de aquella angustia de la traición y sabía ya quién era el traidor, hablaba ahora con confianza y hasta se levantaba sobre los demás diciendo: *Aun cuando todos se escandalizaren, yo no me escandalizaré*. Tácitamente se trataba también de un asunto de ambición. Y fue así

que en la misma cena habían discutido sobre quién de ellos fuera el mayor. Tanto les aquejaba esta pasión. De ahí que Jesús le reprimiera, no empujándole - ¡Dios nos libre de tal pensamiento! - a la negación, sino dejándole desprovisto de su ayuda y descubriendo la humana naturaleza. Mirad, si no, cuán humilde se muestra posteriormente el Apóstol Pedro. Así, después de la resurrección, cuando acerca del Apóstol Juan le preguntó al Señor: *¿Y este qué?* (S. Juan 21: 21), y se le mandó callar, el Apóstol Pedro no se atrevió a replicar, como aquí, sino que calló. Otra vez, momentos antes de la ascensión del Señor, cuando éste dice: *No os toca a vosotros conocer los tiempos y los momentos* (Hechos 1: 7), se calla también y no le contradice. Más adelante, cuando sube al terrado y tiene la visión del lienzo y oye la voz que le dice: *Lo que Dios ha purificado, tú no lo tengas por impuro* (Hechos 10: 15), a pesar de que de momento no entiende bien lo que se le dice, el Apóstol Pedro calla y no porfía.

LA GRACIA Y LA VOLUNTAD, NECESARIAS PARA LA SALUD

4. Todo eso lo obró en el Apóstol Pedro aquella caída. Antes de ella, todo se lo atribuía a sí mismo, diciendo: *Aun cuando todos se escandalizaren, yo no me escandalizaré. Aun cuando sea menester morir contigo, yo no te negaré*; cuando debiera haber dicho: "Si gozare de tu ayuda". Después de la caída, su lenguaje es completamente distinto: *¿A qué nos miráis a nosotros, como si por propia virtud o por propia piedad hubiéramos hecho andar a éste?* (Ibid., 3: 12). De ahí aprendemos una gran verdad, y es que no basta la voluntad del hombre, si no nos asiste la ayuda de lo alto; ni ganamos tampoco nada con la ayuda de lo alto, si nos falta la voluntad. De una y otra cosa son ilustre ejemplo Judas y el Apóstol Pedro. A Judas se le concedió

copiosa ayuda, y de nada le valió, por haberle faltado la voluntad y no haber él correspondido a la gracia. El Apóstol Pedro, por su parte, con todo su fervor, por no haber gozado de ayuda alguna, cayó. De las dos cosas se entreteje la virtud. De ahí que yo os exhorto a que ni se lo dejéis todo a Dios y os echéis vosotros a dormir; ni, porque seáis fervorosos, penséis que por vuestro propio esfuerzo lo vais a conseguir todo. Dios no quiere ni que nos tumbemos - y por eso no lo hace Él todo -, ni que seamos arrogantes - y por eso tampoco nos lo deja a nosotros todo. De cada parte quita lo que nos daña y sólo nos deja lo que nos aprovecha. De ahí que al Príncipe de los Apóstoles le dejó caer, pues así le hacía humilde y juntamente le preparaba para más ardiente amor. Porque: *A quien más se le perdona - dice Él mismo - más amará* (S. Luc. 7: 47).

LA EUCARISTÍA, MISTERIO DE FE

Obedezcamos, pues a Dios en todo momento y no le contradigamos en nada, aun cuando lo que Él nos dice parezca contrario a nuestros pensamientos y a nuestros ojos. Más que nuestros pensamientos y que nuestros ojos ha de valer su palabra. Así hemos señaladamente de hacerlo en la Eucaristía, no mirando sólo a los que tenemos delante, sino reteniendo también las palabras del Señor. Porque su palabra es infalible; nuestros sentidos, en cambio, son fácilmente engañosos. La palabra de Dios jamás ha fallado; nuestros sentidos, empero, fallan las más de las veces. Ahora bien, puesto que la palabra dice: *Éste es mi cuerpo*, obedezcamos y creamos y mirémosle con ojos espirituales. Nada sensible, en efecto, nos ha dado Cristo, sino que, en cosas sensibles, todo es espiritual. Así, también en el bautismo, por una cosa sensible, se nos da la dádiva del agua; mas lo que se realiza es espiritual: el nacimiento

y la regeneración, es decir, la renovación. Si fuéramos incorpóreos, Él nos hubiera legado dádivas puramente incorpóreas; pero como el alma está unida con el cuerpo, nos ha dado lo espiritual en lo sensible. ¡Cuántos no dicen ahora: Quisiera ver la figura del Señor, su talle, sus vestidos, su calzado! Pues he ahí que le ves y le tocas y le comes. Tú desearías ver sus vestidos, y Él se te da a sí mismo, no sólo para que le veas, sino para que le toques y le comas y le tengas dentro de ti mismo. Que nadie, pues, se acerque con náuseas, nadie tibio; todos encendidos, todos fervientes y vigilantes. Porque si los judíos comían la pascua de pie, calzados y con bastones en las manos y de prisa (Ex. 12: 11), mucho más razón es que nosotros estemos vigilantes. Porque aquéllos iban a salir camino de Palestina, de ahí su atuendo de viajeros; mas nosotros vamos a emprender el viaje hacia el cielo.

BELLA EXHORTACIÓN EUCARÍSTICA

5. Por eso es menester que por todos los medios vigilemos, pues no es pequeño el castigo de quienes indignamente participan de la Eucaristía. Considerad cómo os irritáis contra el traidor y contra los que crucificaron a Cristo. Pues mirad no os hagáis también vosotros reos del cuerpo y de la sangre de Cristo. Ellos mataron aquel cuerpo santísimo, y tú le recibes con alma sucia después de tan grandes beneficios. Porque no le bastó haberse hecho Hombre y dejarse abofetear y crucificar, sino que se une con nosotros y, no sólo por la fe, sino en la realidad misma, nos hace un cuerpo consigo. ¿Quién, por ende, debiera ser más puro que el que goza de este sacrificio? ¿Qué rayos del sol debieran ser más esplendentes que la mano que corta esta carne, que la boca que se llena de este fuego espiritual, que la lengua que se enrojece de esta sangre sobre toda venera-

ción venerable? Considerad el honor que se os concede, la mesa de que disfrutáis. Lo que contemplan los ángeles temblando, lo que no se atreven a mirar sin temor cara a cara por el resplandor que de allí irradia, de eso nos alimentamos nosotros. Con eso nos unimos estrechamente, y venimos a ser con Cristo un solo cuerpo y una sola carne. ¿Quién contará las maravillas del Señor y hará oír todas sus alabanzas? (Ps. 105: 2) ¿Qué pastor alimenta a sus ovejas con su propia carne? Mas ¿qué digo pastor? Madres hay muchas veces que, después de los dolores del parto, dan a criar sus hijos a otras nodrizas. No consintió eso el Señor, sino que Él mismo nos alimenta con su propia sangre y por todos los medios nos une estrechamente consigo. Pues mirad. Nació de nuestra propia sustancia. - Mas esto - me dirás - nada tuvo que ver con todos. - Tuvo ciertamente que ver con todos. Porque, si vino a nuestra naturaleza, es evidente que vino a todos; y si a todos, también a cada uno en particular. - Y ¿cómo es - me dices - que no todos sacaron fruto de eso? - No ciertamente por culpa de quien por todos se hizo lo que se hizo, sino por la de quienes no quisieron recibirlo. Con cada uno, pues, de los fieles se une Él a sí mismo por medio de la Eucaristía, y a los que Él engendró, por sí mismo los alimenta y no los entrega a otros, con lo que nuevamente te persuade haber Él tomado tu carne. No seamos, pues, tibios después que tal amor y tal honor se nos ha concedido. ¿No veis los niños pequeñuelos con qué fervor se pegan al pecho de sus madres, con qué ímpetu clavan sus labios al pezón? Acerquémonos así también nosotros a esta sagrada mesa y al pecho del cáliz espiritual; o, más bien, con mucho mayor fervor que los niños de pecho, atraigamos la gracia del Espíritu Santo y sea nuestro único dolor no participar de este alimento. No es obra de poder humano lo que se nos pone delante. El que

otrora hizo eso en la última cena, ése mismo es el que lo sigue haciendo ahora. Nosotros ocupamos el puesto de ministros suyos, mas el que santifica y transforma la ofrenda es Él. Que no asista, pues, ningún Judas, ningún avaro. Si alguno no es discípulo, retírese. Esta mesa sólo a los discípulos admite. Porque: *Con mis discípulos - dice - quiero celebrar la pascua*. Esta mesa es la misma que aquella y en nada le es inferior. Porque no la prepara aquella Cristo y ésta el hombre. No. El mismo prepara ésta que aquella. Éste es aquel cenáculo donde entonces estuvieron; de aquí salieron al monte de los Olivos. Salgamos también nosotros a las manos de los pobres. Porque éste es ahora el monte de los Olivos. Los olivos plantados en la Casa de Dios son la muchedumbre de los pobres. Ellos destilan el aceite que nos ha de ser útil en la otra vida, aquel que tomaron consigo las vírgenes prudentes y que, por no tomarlo las fatuas, perecieron. Tomémoslo y entremos, a fin de salir con nuestras lámparas encendidas al encuentro del esposo. Salgamos de esta vida bien provistos de este aceite. Nadie inhumano se acerque a la Eucaristía, nadie cruel, nadie inmisericordioso, nadie absolutamente impuro.

PALABRAS A LOS MINISTROS

6. Todo esto os lo digo a vosotros, que participáis de la Eucaristía, y también a vosotros, que la administráis³. A la verdad, también tengo que hablar con vosotros, a fin de que distribuyáis con el mayor cuidado estos dones. No será pequeño vuestro castigo si, a sabiendas de su maldad, consentís a alguien participar de esta mesa. La sangre de él será requerida de vuestras manos. Aun cuando sea un general del ejército, aun cuando sea el prefecto de la ciudad, aun cuando el mismo que se ciñe la

diadema, si indignamente se acercare, impídeselo, pues tú tienes mayor autoridad que él. Si se te hubiera encomendado guardar limpia una fuente para un rebaño y vieras una oveja que llevaba mucho barro en la boca, no la dejarías que se inclinara sobre el bebedero y ensuciara la corriente. Mas lo cierto es que no se te ha encomendado una fuente de agua, sino de sangre y espíritu. ¿Cómo, pues, no te indignas y apartas a los que se te acercaron con pecado, más sucio que el barro? ¿Qué perdón puedes tener? Si Dios nos ha distinguido con tan alto honor, ha sido para que discernamos esas cosas. Ésta es vuestra dignidad, ésta es vuestra seguridad, ésta toda vuestra corona, no que andéis por las calles con una túnica blanca y esplendente. Y ¿cómo conoceré - me dices - quién es digno o indigno? No hablo aquí de los desconocidos, sino de los notoriamente indignos. Voy a decir algo más espantoso: no es mal tan grave que los endemoniados estén dentro de la iglesia, como que entren esós de quienes dice el Apóstol Pablo que pisotean a Cristo, que profanan la sangre del Testamento e injurian a la gracia del Espíritu Santo. Mucho peor que el endemoniado es el pecador que se acerca a la Eucaristía. Porque el endemoniado no merece castigo por serlo; mas los que indignamente se acercan a la Eucaristía son entregados a suplicio eterno. No expulsemos, pues, sólo a los endemoniados, sino a todos sin excepción que veamos se acercan indignamente. Que nadie, pues, comulgue, si no es discípulo del Señor. Que ningún Judas le reciba, por que no le pase lo que a Judas. Cuerpo es también de Cristo toda esa muchedumbre. Mirad, pues, vosotros, los que administráis la Eucaristía, no irritéis al Señor por no conservar puro ese cuerpo. No deis en lugar de alimento una espada. Si alguno, por ignorancia, se acercare mal dispuesto a tomar parte, impídeselo, no

3. San Juan Crisóstomo se dirige aquí a los diáconos, a quienes correspondía administrar la Eucaristía (Baur).

temas. Teme a Dios, no a los hombres. Si temes a los hombres, aun por éstos serás despreciado; mas si temes a Dios, aun los hombres te respetarán. Y si tú no te atreves, tráemelo a mí. Yo no consentiré que se cometa ese pecado. Antes perderé la vida que dar a nadie indignamente parte en la sangre del Señor; antes derramaré mi propia sangre que dar indebidamente sangre tan venerable. Mas si después de diligente averiguación no se sabe quién es malo, no hay en ello culpa alguna. Aquí sólo se habla de los pecadores manifiestos. Si a éstos corregimos, pronto nos dará Dios a conocer también los otros; mas si dejamos a éstos, ¿qué motivo habrá para que Él nos descubra los otros?

EXHORTACIÓN FINAL: NO APARTAR SÓLO, SINO CORREGIR TAMBIÉN

Al hablar así, no quiero que nos contengamos con apartar y cortar solamente; procuremos también corregir y llevar a la Eucaristía nuevamente, procuremos poner toda nuestra diligencia. De este modo tendremos a Dios propicio y contaremos con muchos que participarán dignamente de ella; y nosotros recibiremos grande recompensa por nuestro propio fervor y por nuestro celo en bien de los demás. Recompensa que así logremos todos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.



Cruces y medallas que se encuentran a la venta en la mesa de las velas:



San Vladimiro y Santa Olga
(reversible)
\$ 10.-
plata \$ 12.5.-



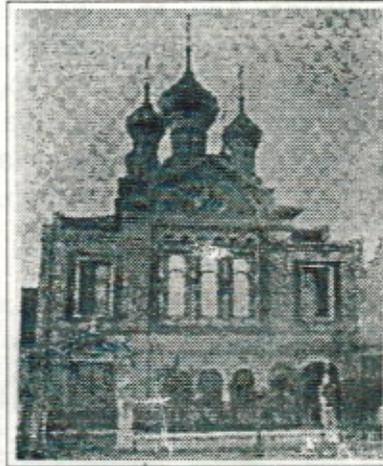
Cruces
Esmaltadas
plata \$ 15.5.-
plateada \$ 6.5.-
dorada \$ 9.-
Plata
grande \$ 14.5.-
chica \$ 12.5.-
Plata y oro \$



Nuestro Señor Jesucristo
plata \$ 12.5.-



Nuestra Señora del Portal
plata y oro \$ 40.5.-
plata \$ 16.5.-
\$ 10.5.-



CORREO DE LECTORES

Comunicamos a nuestros lectores que por este medio se podrán hacer llegar toda clase de aportes, consultas, inquietudes, etc., las que se satisfarán en sucesivas publicaciones.

Domicilio: Catedral de la Santísima Trinidad, Brasil 315, C. P. 1154 - Buenos Aires - Argentina.

☎ (54-1) 361-4274

copyright 211293315. Propiedad intelectual. Prohibida la reproducción total o parcial sin indicar esta fuente.